









SISTEMA LUNAR



MARTA ECHEGARAY

SISTEMA LUNAR

EPÍLOGO DE ENRIQUE BADOSA
ILUSTRACIONES DE PORTA MISSÉ



Primera edición: marzo de 2007

© Marta Echegaray, 2007
© del postfacio, Enrique Badosa, 2007
© de la fotografía del autor, Editorial Funambulista, 2007
© de la fotografía de cubierta, Baldiri Llorens Bassols, 2007
© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2007
c/ Alberto Aguilera, 8 20815 Madrid

www.funambulista.net

ISBN: 978-84-96601-27-7

Dep. Legal:

Coordinación editorial y diseño: Enrique Redel
Maquetación: Luis Ruiz

Motivo de cubierta: *Terra Incognita*, Baldiri Llorens Bassols

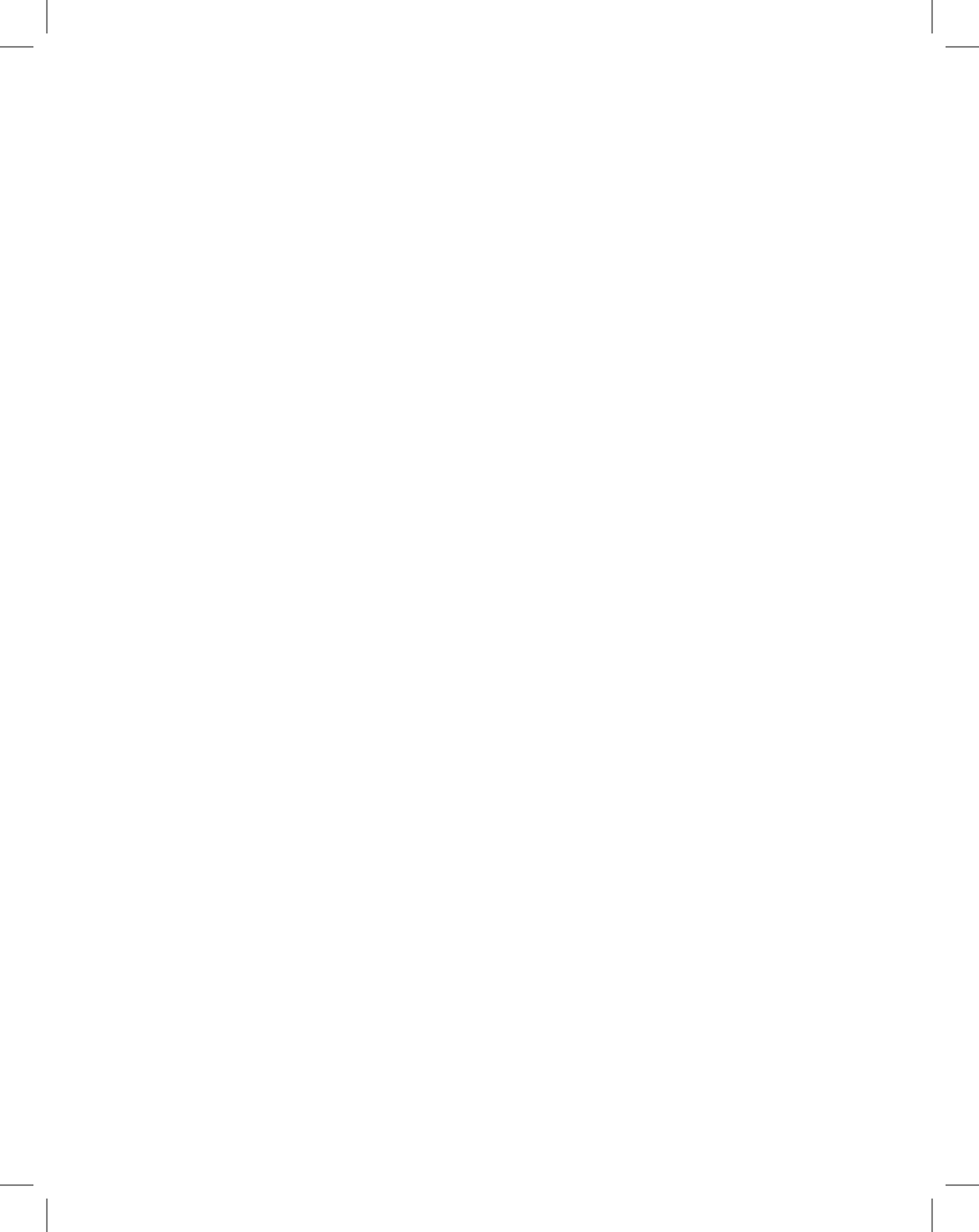
Impresión y producción gráfica: Gesbiblo, S. L.

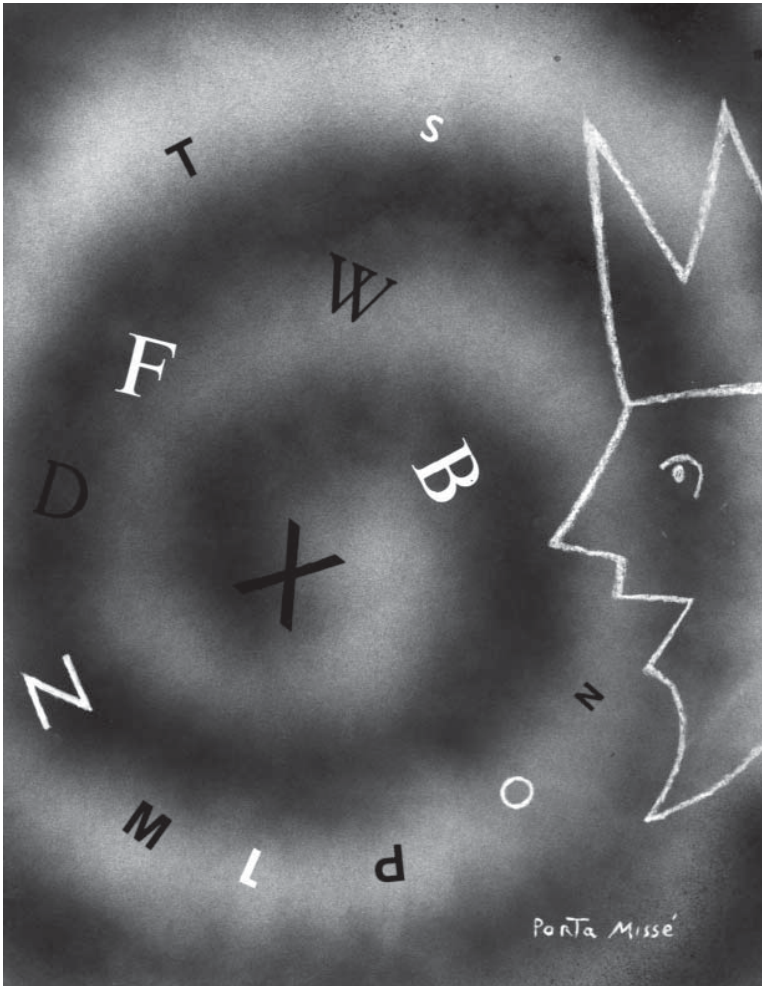
Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

INCIÉRTICO
o
LA RICA HISTORIA DEL SEXTO OCÉANO

T





PONTA MISSE



*Mi deuda con Cloti, Joaquín y Enrique
es de las que no prescribe.
Para ellos mi S. L.*



1

MI TORTUGA SE LLAMA KIKÍ. Kikí Pralinééé. Por un error de diseño morirá sin saber que es un ser casi perfecto gracias a su espléndido caparazón de formas geométricas: no le está permitido conocerse por encima, pero en su interior parece encontrarse a gusto, menos mal. De ella misma sólo puede ver su expresión patética y la calamidad de su piel cuarteada cuando la coloco frente al espejo del baño; se mira incrédula antes de dar media vuelta.

Tal vez a mí me pase lo mismo y resulte espléndida desde arriba pero bastante vulgar vista de frente. Los puntos de fuga son muy suyos.

—La belleza está donde menos se la espera —dice mi

profesora de matemáticas para animarme—. Lo bueno es descubrirla por uno mismo, pero no todos la saben buscar.

Mejor, así los que nos empeñamos tocamos a más. Para ponerme a prueba me regaló una tortuga en el mes de junio, después de un examen perfecto. Reconozco que fue un premio inesperado aunque bien merecido, porque no tuve en ningún momento siquiera la tentación de copiar. Todo lo sabía por mis propios medios. Sentada en mi pupitre, afilé el lápiz y empecé a escribir.

El Sr. Niuton me aprobó en un santiamén, incluso me felicitó por los resultados. Soy para colmo veloz cuando me lo propongo, y así nadie pudo copiarme. Saqué limpiamente mi primer 9,6.

En cambio mi examen de francés fue menos brillante. Mlle. Favé se lo tomó como algo personal, como una falta de respeto a su persona, me dijo. Y no tuve más remedio que negociar el aprobado haciendo concesiones.

—Mi tortuga se llamará Kikí Praliné —le ofrecí a regañadientes.

—*Mon enfant*, querrás decir Kikí Pralinééé; *parce que c'est bien une fille*, ¿no?

—Seguramente, tiene un 50% de posibilidades —dije yo

haciendo uso de mis conocimientos—, porque las tortugas casi siempre son chicas.

—Estoy de acuerdo con lo de Pralinééé —añadí con el aprobado en el bolsillo.

Y así pasó.

Fantástico. Tenía el verano por delante con las notas a mi favor. Sólo debía trabajar mi ortografía, porque hay quien la considera interesante. Mi profesor de gramática cree sinceramente que decir «Te kiero, te hamo» es un grave error, pero yo sé que es bueno. Allá él con su novia.

Da la casualidad de que mi santo y mi cumpleaños caen en la primera semana de junio. No tuve ningún problema esta vez para añadir un buen regalo a mi sobresaliente. «Quiero una barca de verdad», pedí a mis padres. «No hay barcas de mentira, casi todas flotan», tuve que oírme decir.

Pero es igual, llegó a mi vida y aprendí a remar.

Todos los días salía temprano con Kikí en el bolsillo y una cesta bien equipada de cosas ricas. Mi tortuga era el objeto móvil más bonito de mi casa, el ser vivo mejor vestido en cualquier situación, incluso en el mar. Además llevaba siempre conmigo el cuaderno de dibujo con mis lápices de colores, mi diario, mi armónica y el libro que sin descanso

leo desde la Primera Comunión: *Alicia en el País de las Maravillas*.

De los doce años que recordaba haber vivido, este era sin duda el más interesante.

Pronto remé sin esfuerzo de manera natural, con la cadencia de un gran pescado seco, pero el agua me daba sueño.

Con el movimiento de las olas se me ocurrían cosas misteriosas sin nombre, porque no encuentro la palabra contraria a «pesadilla». Que yo sepa «ligerilla» no significa nada aunque me parezca necesaria. Me ocuparé de esto cuando sea mayor.

Por encima me acompañaban las gaviotas, por debajo peces de plata que yo intentaba dibujar sin encontrar nunca el lápiz exacto.

Cuando me vencía el sueño, podía tumbarme en el fondo de la barca con los pies encima del asiento. Me gustaba echarme una cabezadita al ritmo suave de una nana de agua.

Fue en uno de esos días cuando mi siesta duró más de la cuenta. Al despertarme todo seguía igual, pero no había horizonte ni rastro de tierra firme. Estaba yo sola, sola, sola, vestidita de azul.

No me agobié. Sencillamente le quité el papel de plata a mi mejor bocadillo mientras me preguntaba ¿qué opinas?,

¿por dónde crees que andará tu casa? Entonces caí en la cuenta de que llevaba conmigo la brújula que me había regalado mi abuela junto con una medalla de San Rafael y otra de San Pancracio. La localicé cubierta de mermelada en el fondo de mi cesta. Bien lamida, su aguja enseguida me dio el Norte. Pero ¿quería ir yo al Norte?

Tuve que reconocer que este rumbo no me aclaraba nada. Nadie me había explicado donde vivía yo con relación al planeta. Que la tierra fuera redonda despistó al mismísimo Colón. Tal vez estuviéramos por el Oeste, como le pasa a Gary Cooper y a mucha gente amiga de mis padres. No tuve más remedio que seguir buscando yo sola mi camino.

Lo más sencillo era dejarme llevar por la corriente, porque tarde o temprano el mar busca la playa, y así lo hice hasta que se puso el sol y llegó la noche con más estrellas de las que podía contar. Estáis allá arriba, bellas entre las bellas, pero ¿quién mira a quién...?

Me tumbé satisfecha buscando entre aquel estampado luminoso mi querida Osa Mayor. Kikí también disfrutaba como náufraga entre la alegre espuma del oleaje.

El cielo para mí no se acababa nunca. Era una garantía de que podría seguir soñando.

Me abandoné a la soledad sobre mi enorme cama viva y empecé a tocar la armónica con mucho sentimiento. Por suerte, en vez de ratones, llegaron simpáticos delfines para hacerme de escolta hasta que me quedé dormida otra vez.

Cuando abrí los ojos al día siguiente el sol me daba en la cara y Kikí se paseaba hambrienta por encima de mi pie.

—*Bonjour, ma petite fille* —le dije preparándole su tomatito.

El mar continuaba empujándome más hacia su casa que hacia la mía. Todavía pude desayunar a gusto porque en mi cesta era un pozo sin fondo.

Escudriñando el horizonte, me pareció ver a lo lejos la sombra de un islote y hacia allí me dirigí.

A medida que se agrandaba la mancha parda, otras formas aparecían a su lado. «Esto es un archipiélago», me dije sin ninguna duda, y puse la proa hacia el punto más próximo. Pero, cuanto más remaba yo, más se alejaba él, aunque otro peñasco enorme me venía por babor. Con un golpe de remo giré sobre mi misma: ¿qué es esto un archipiélago o una broma?

Estaba rodeada por una serie de islotes.

—Buenos días —dijo una voz metálica a mi espalda—. Lle-

gas con un par de horas de retraso. Pero, en fin, ya estás aquí.

—¿Me está esperando precisamente a mí? —fue lo que se me ocurrió decir dándome la vuelta.

—¡Qué pregunta tan inoportuna!

Quien me hablaba de este modo era un hombrecillo vestido con pretensiones, mientras se acercaba a mi barca desde una playa a la deriva.

—Suelta cuerda —me ordenó en tono de mando—, voy a amarrarte a un árbol.

Al borde mismo del agua crecía un buen níspero ancho y frondoso. El hombrecillo ató en un santiamén la proa a una de sus ramas.

—Salta —dijo tendiéndome la mano.

—Prefiero arriar mi barca. Me da miedo que entre mar y se la lleve.

—Eso no pasará. Yo casi siempre sé lo que me digo. Llevo trescientos años haciendo nudos..., y los que haré —continuó alegremente.

Me guardé a Kikí en el bolsillo, cogí mi cesta con todos los trastos y salté a tierra.

—Date prisa, ya estoy llegando tarde —dijo copiando a mi querido Conejo de la Suerte.

Y sin más explicaciones tiró de mí y echamos a correr.

Enseguida me di cuenta de que no resultaba tan fácil seguirle. Su isla era salpicona, espumosa y alegre como un huevo frito. Donde acababa la arena, empezaban las flores de mil colores, pero yo apenas tenía tiempo de cortar las que me gustaban para mi álbum porque el hombrecillo no me permitía detenerme ni un momento.

—Son demasiado bonitas para dejarlas atrás —protesté al final—. Necesito enredarme una en el pelo, lo siento.

—Puedes intentarlo porque no son carnívoras, solo parlantes en lengua vernácula. Algunas prefieren oler como unas locas. Es agradable, pero... ¿quiénes son ellas para meterse en narices ajenas? —refunfuñó—. Tendré que ocuparme de esto, recuérdamelo mañana.

—¿Puedo preguntarle adónde vamos...?

—Por supuesto que no, ya lo verás. No te entretengas.

Y seguimos subiendo hasta llegar al punto más alto coronado por un mástil con una bandera a media asta.

—No leo lo que pone allí —dije casi ahogada por el esfuerzo.

—Pone «Te».

—¿«Te»?

—¿Nunca has oído el sonido «Te»? ¡Qué niña más sorda, qué lástima de orejas...!

—Lo he oído mil veces, incluso lo he merendado con pastas más de un sábado y más de dos.

—Dejemos eso, es de mal gusto hacer referencia a la comida fuera de horas, lo sabe cualquiera. Pero ¿qué te parece la vista?

No me costó nada reconocer que era maravilloso. Abajo seguía mi barquita todavía junto al níspero, pero lo que me llamó la atención fue la cantidad de islas e islotes que vi desde arriba; unas eran grandes, otras medianas y otras tan diminutas como simples balsas. Todo parecía flotar a su aire en un océano seguramente pacífico. Nada de aquello me resultaba familiar.

—¿Podría decirme donde estamos? —le pregunté con mi tono más cortés—. Creo que me he perdido.

—Buena pregunta para una niña boba. Estás en mi casa, considérate mi invitada.

—Muchas gracias —dije agradecida—, pero me gustaría saber el nombre de este archipiélago para anotarlo en mi diario. Si no se está quieto, no conseguiré dibujarlo nunca.

—Pequeña ignorante, veo que no me has estudiado: soy el Rey Azeta —añadió levantando altivamente la barbilla—, y el océano sobre el cual floto contigo se llama Inciértico y es de mi propiedad.

—Trataré de localizarlo en el mapa, pero ni me suena. Tal vez en tercero de bachillerato hablen de usted... es muy probable.

—No lo busques. Muchos lo niegan, pero es tanto como negar el Trópico de Cáncer porque nadie se ha enredado jamás, que yo sepa, en su perfil intermitente. Los libros de geografía hablan de hechos estáticos y públicos: las montañas sólo se desplazan para saludar al profeta. Yo soy todo lo contrario, hermosa niña, pero sé encontrar por mí mismo la mejor Puesta de Sol.

—Supongo que todo lo que veo forma parte de...

—Desde luego —me interrumpió—. Comprobarás que hay tantas islas como letras tiene el abecedario. Por suerte no me falta ninguna. Cada una tiene un mástil con su letra bien bordada en el banderín; así no me lío y puedo llevar un control más directo. Las cinco islas de mayor tamaño pertenecen a las vocales, porque necesito localizar en todo momento a estas queridas colaboradoras.

Me pareció que un islote marchaba a la deriva alejándose de las demás.

—Yo diría que algo se escapa —dije señalando con el dedo—. ¿Es una impresión mía o de verdad todo se mueve?

—Precisamente por eso tengo tanta prisa. Desde aquí

arriba domino mejor, me hago cargo de la situación en un plisplás. Seguro que es Hache —dijo sacando del bolsillo los anteojos—. Se ha soltado otra vez a pesar de que la tengo bien amarrada con un nudo gordiano.

—No sé cómo es.

—Pues frigio y sin cabos, pero no me interrumpas. Imagínate cómo lo paso cuando se escapa alguna isla... Me quedo como aquel que dice mudo, o cuando menos muy limitado hasta que la recupero. Recuerdo que una vez perdí a Ese un par de días y fue un verdadero drama; no quiero ni acordarme.

—¿Cómo puede evitarlo?

—Pues ya lo ves, me paso el día subiendo y bajando. Además reviso mis cables especiales para islas. Ahora es mucho más sencillo; antes tenía que hacer a mano mis propias cuerdas con árboles de mis bosques, pobrecillos. Era el no parar, te lo aseguro. Desde luego, las vocales cuentan con doble vigilancia por razones de peso.

—Cuánto trabajo, pero ¿no tiene ayuda ni amigos...?

—¿Amigos? Yo soy el Rey Azeta. Como es obvio, voy desde la A hasta la Z. Todo, absolutamente todo lo que pueda ser expresado con palabras, me pertenece, incluido «ayuda», incluido «amigos»: son míos.

—Pero también están las ideas... —dije yo algo perpleja.

—¿Qué ideas?

—Pues el pensamiento. Lo que se me ocurra sobre usted y no digo.

—¿Pensar? Pensar es fácil, seis miserables letras. Seis islo-tes a ordenar. Muy sencillo.

—Pero ¿y su significado?

—Pues... unas cuantas letras más, bien puestas.

—Bueno, las letras combinadas según como, tienen que reflejar lo que pasa por la cabeza del que piense —dije yo, insegura por primera vez.

—Jamás. Las letras son las letras y no hay nada detrás de una Eñe; sólo por encima una nube de estorninos por imperativos gráficos.

—Pero... ¿no son instrumentos para la expresión verbal de las ideas?

—Pues decididamente NO, aunque te empeñes. No sé qué tipo de profesores has tenido, querida niña, pero me temo que bastante flojos y retorcidos.

Azeta me parecía a primera vista un poco tonto, o muy tonto, pero todavía no lo había tratado lo suficiente como prójimo. No me atrevía a hacer la pregunta que hago siempre, teniendo en cuenta que además era rey, lo cual ya es

por si mismo bastante original. Pero al fin me decidí:

—¿Qué edad tiene usted...? —dije mirando al suelo, porque se me acababa de ocurrir que tal vez fuera un niño envejecido por culpa del mar.

—No sé cómo se cuenta, no me dedico a esas frivolidades. Utilizo mis dedos para otras cosas más difíciles. ¿Cuántos años te parece que tienes tú para ti misma?

—Yo he cumplido doce.

—¿Y cómo lo sabes?

—Pues porque los cumplí el día cuatro de junio y me regalaron una barca —dije como mi mejor argumento.

—No te puedes acordar del día en que naciste, eras demasiado pequeña.

—Pero me lo ha dicho mi madre —añadí yo considerando este detalle definitivo.

—Tu madre puede tener mala memoria.

—Es que mi padre también recuerda lo mismo.

—Tal vez tengas doce años, pero da completamente igual. Por mí como si tienes cien —gruñó lamentando mi deliciosa infancia.

—Pero bueno, ¿es qué usted nunca, nunca cuenta?

—Pues claro que no... —dijo airado como si lo estuvieran insultando.

—¿No sabe matemáticas, ni álgebra, ni nada de esto?

—No lo necesito.

—Un rey sin números es un rey menor —dije acordándome del Sr. Niuton.

Entonces saqué mi tortuga del bolsillo y se la puse en la mano.

—Cójala, ¿qué le parece...?

—Es una hermosa y desgraciadísima tortuga.

—¿Por qué?

—Porque no habla, y un ser vivo que no hable está muerto.

—A veces no —dije llevándole la contraria—. ¿Qué opina del dibujo perfecto de su caparazón? ¿Usted cree que se puede hacer una tortuga así, por las buenas, a mano alzada?

—¿Está hecho con plantilla? Lo veo ordenado pero repetitivo, ni siquiera me parece verdaderamente original. Además, las tortugas son peligrosas, es algo bien sabido...

—La mía no ataca —interrumpí saliendo en su defensa.

—... se dejan atrapar por las águilas, que las confunden con piedras —continuó él sin escucharme—; vuelan con ellas hasta el cielo, luego las dejan caer sobre la cabeza del primer poeta que encuentran y lo matan...

—No creo que hagan eso —dije confundida.

—Pues es así. Lo dice mi crucigrama 34564321.

—Y que usted sepa, ¿a quién han matado con ese sistema?

—Pues a... Esquilo en horizontal, 456 a. C., y en vertical...

—¿a. C.?

—Pues sí, pero de los números olvídate. Sólo después de su muerte apareció este hermoso y recargado epitafio que nunca llegó a leer a pesar de ser suyo: «Aquí yace Esquilo, de cuyas proezas son testigos los bosques de Maratón y los persas de largos cabellos que lo conocieron bien». Ya había sido advertido de que moriría aplastado por una casa. Je je, no le sirvió de nada permanecer siempre al aire libre. Ahora, si no te importa, vamos a buscar a Hache antes de que se aleje definitivamente.

Y sin más explicaciones empezamos a bajar de nuevo hacia la playa bien decididos a no dejar escapar a nadie. Nos llevó un buen rato revisar el abecedario.

AL CAER LA TARDE AZETA PARECIÓ SENTIRSE ANFITRIÓN. Me había hecho le *Tour du Propriétaire*, según decía, de su increíble país. Y te lo prometo, juro por mi honor, que no existe otro igual.

—Tengo que preparar alojamiento para ti —se le ocurrió de pronto—. En Uve le parece que estarás cómoda. ¿Te gusta el monte bajo?

—Mucho.

—Entonces vamos allá. Uve tiene la ventaja de su espléndida vista. Se coloca bien porque cala poco. Nada te impedirá ser la primera en llegar a la aurora. También huele divinamente. Además, tiene su anexo en Uvedoble, la isla

con el mejor lago propio de agua dulce. Estate atenta a su superficie de cristal y no te cortes. ¿Sabes nadar?

—Es lo primero que tuve que aprender para conseguir mi barca —me apresuré a explicarle.

—Nadas a rana, a mariposa, o... ¿a qué tipo de animal copias?, pollito mío.

—... Un poco a todos, pero lo sorprendente es flotar..., casi no me lo creo.

—Es una facultad limítrofe, pero se da la circunstancia de que es uno de mis atributos. En Uvedoble se pueden ver al atardecer mis dos reinos idénticos: uno, invertido boca abajo, es reflejo del otro y da menos problemas. Si haces la vertical, comprobarás lo que te digo. Metiendo el dedo del pie en la superficie se tambalea todo... y llego a perder la mitad de lo que me pertenece por culpa de esos círculos concéntricos que todo lo borran. Es una pena. En fin, Uve y Uvedoble son islas complementarias que flotan a gusto juntas. Las pongo a tu disposición.

Acepté encantada porque necesitaba estar sola para reflexionar.

—¿Vamos en barca?

—Ni hablar. Sólo hay que tirar un poco del cable adecuado.

Saltando de orilla a orilla llegamos por fin a lo que sería mi hotel en tierra firme...

Azeta sacó del cinto una espada de plata y enseguida me construyó un cabaña hecha de brezo y jazmines en flor. Luego me preparó un mullido colchón de arena a orillas del mar, y clavó junto a él una gruesa vela de cera virgen.

—No necesito luz, gracias.

—Es tu despertador, un reloj de sol, ya que pareces tan interesado en controlarlo todo. Sólo tienes que dibujar en el suelo unas cuantas horas. Cuando la vela proyecte su sombra, serán las nueve y cuarto.

Y se despidió de mí enviándome un beso con la punta de los dedos.

—... Tengo mucho trabajo todavía. Me perdonarás si me retiro ahora.

—Usted es el rey, no faltaría más —conseguí decir francamente cansada y tragándome un bostezo.

—«Rey» es denominación de origen. Puedes considerarme como tu «Zar» si te gusta lo exótico, «Emperador», «Gran Dogo» o «Gran Visir». Acepto cualquier cosa que implique jerarquía a mi favor, pero no tengo manías. Ahora me marcho; tengo que profundizar en mis crucigramas sin falta antes de que llegue Marisol.

—¿Marisol? —pregunté dubitativa—. Marisol soy yo.

—Ah, entonces encantado de conocerte, Marisol. Estás en tu casa. Mañana vendré a por ti después de pasar revista. Buenas noches, Mar y Luna. Por cierto, si tienes hambre, hay un pequeño melonar en Uvedoble muy cerca del lago. También verás colgado del rododendro una cesta con quesos frescos y buenas frutas. Lo mío son bodegones de naturalezas vivas. Me inclino por la gastronomía artística —dijo tocando la punta de sus babuchas con los dedos—. No sé si encontrarás alguna cosilla *pour la petite* —añadió desdeñoso apuntando con la barbilla a Kikí Pralinééé.

Y se fue saltando de isla en isla sorprendentemente rápido para su edad, hasta que desapareció detrás de una colina.

Todo resultó cierto. Me comí gran parte del precioso bodegón, y volví a mi cama.

Se estaba muy bien en Uve; el colchón de arena era cálido y enseguida cogió la forma de mi cuerpo, como si fuera un estuche. Por encima de nosotras brillaba la luna creciente, creciente, creciente de barrigas de plata. Me dormí soñando astros.

Amanecía cuando me despertó el roce de Uvedoble golpeando mi playa con la suya. El Inciértico resultaba original y maravilloso. Ninguna isla era igual a otra, todo tenía su

personalidad propia y un valor irremplazable alfabéticamente hablando.

Me puse a pintar lo mejor que pude porque estaba segura de que en mi casa nadie me iba a creer cuando yo les hablara del archipiélago. «Sólo interesa a cuatro coleccionistas de océanos», había dicho Azeta muy quejoso.

Por suerte resulto bastante buena con el lápiz; quiero decir que no soy capaz de reproducir «fielmente la realidad», pero que «miento» con absoluta maestría. Lo que pasa por mis manos se vuelve mucho más interesante que lo que ven mis ojos, o la mayoría de ojos que conozco.

La gente no tiene imaginación: quieren dos iguales en vez de uno, como el mismo Azeta y su efímero palacio ganado al agua. Es una perversión bastante común.

Pero bueno, en el Inciértico lo único sensato era ser una niña *Kodac*.

Cuando me cansé de dibujar, me puse a tocar la armónica. Conseguí que las notas se ordenaran por si mismas hasta alcanzar una música razonable que pronto se perdió en el murmullo del mar.

Entonces se acercó a la orilla un corro de enormes medusas, inocentes a la vista, pero armadas con fúsil eléctrico. Misteriosas y fantásticas, flotaban delante de mis narices.

Me pareció oír su voz gangosa confundiendo con la armónica para llamar mi atención.

No me dejé engañar y sólo les di desde lejos la bienvenida. Tal vez solo se tratara de un ejército sentimental de gelatina, pero con un dedo en el gatillo.

Toqué para ellas la marcha real.

El sol recién llegado de Oriente se estiraba a mi lado, sobre la arena, sin hacer ruido. Hice que fueran las nueve y cuarto, la hora preferida del rey Azeta. «¡Qué cosa tan misteriosa es la luz... enhorabuena al hacedor y muchas gracias!», grité al aire sabiendo que mi voz llegaría a su sitio.

Estaba convencida de que solo el Sr. Niuton se esforzaría por escucharme de verdad antes de darme su opinión sobre el Inciértico. Siempre lo hacía. En cambio, Mlle. Favé, gritaría *Oh, là, là, là!* y me pondría pegas para aceptar un archipiélago tan libre y sin los acentos, que eran para ella la sal de la vida.

Decidí tomar un baño en el lago transparente de Uvedoble. No tenía nada que ver con la higiene, más bien con Tarzán.

Con mucho cuidado para no molestar a nadie me hice un hueco entre los nenúfares *Coloreta Alba Blanca* y su familia de ranas. Era un croar desaforado que yo interpreté

al principio como de protesta. Pero, cuando vinieron a mi encuentro, muchas de ellas con sus novios verdes tan graciosos, enseguida nos entendimos.

Mientras me hundía en el agua más dulce de mi vida, empecé a preguntarme cómo podría volver a una ciudad, a un colegio, a un pupitre.

Me enganché con mi diario: era mi otro yo, pero más secreto. En él se podía leer página a página mi obsesión por participar con Alicia en la gran aventura de su mundo de Maravillas. No engaño a nadie, siempre quise ser ella. Incluso me empeñé en cambiar de nombre, pero lo de «Marisol» parecía inevitable por culpa de mi abuela. Era una manía familiar ya en su cuarta generación.

—Tu nombre es mágico y luminoso —dijo mi padre que me conocía bien.

—Pero algo pagano —respondí mirando fijamente, casi bizca, el rosario de mi abuela para hacer más fuerza.

Yo sólo pretendía llamarme «Alicia» y caer por el interior de un árbol, pasando del sueño a la vigilia, para comprobar por mí misma si la aceleración de la gravedad es igual a la aceleración del movimiento de la caída libre de los cuerpos, como dice mi profesor, o si el capítulo tercero de mi libro de física es una tomadura de pelo. Al fin y al cabo, cada uno

es muy dueño de utilizar la excusa de un sueño cuando no sabe cómo acabar su novela. He podido comprobar que, cuanto más apasionante es el argumento, más duerme el protagonista en la última página. Es como si la realidad no pudiera ser absurda nunca.

«Un sueño es sólo el *collage* de una realidad fraccionada», oí como le decía el Sr. Niuton por teléfono a Mme. Favé. Por cierto, me tendré que acordar de pedirle en matrimonio porque es el único que entiende las cosas de la vida. Además, me parece más listo que Lewis Carroll y menos empalagoso de Walt Disney, que hablando en plata, nunca debió salirse de sus preciosas Blancanieves y Cenicientas.

Ahora ya me he convencido que cualquier persona sensata necesita de vez en cuando un archipiélago de las Maravillas.

En mi diario tuve que copiarme esto para entenderme yo sola:

*Un sueño es un sueño,
O una invitación para que ocurra lo soñado,
O una trampa de la vigilia por desgaste,
O una misericordia para los que sufren.*

Mi profe de matemáticas y yo no conseguimos aclarar qué relación hay entre lo que uno es capaz de inventar con lo que luego acaba por suceder.

Ahora el Inciértico es mi duda preferida.

Cuando llegó Azeta a recogerme, yo le esperaba con mi cesta preparada y un montón de preguntas por hacer. Él se me adelantó:

—Ven conmigo. Continuaré enseñándote mi territorio. Quiero que conozcas a mi pueblo.

—No sabía que hubiera más gente aquí —dije de veras sorprendida.

Se encogió de hombros llevándose un dedo a la sien, el cual hizo girar expresivamente.

—No estoy loca, es que no he visto a nadie desde que llegué. ¿Dónde están los demás?

—No tengo por qué dar explicaciones al primero que pasa. Estaría bueno...

Azeta tenía un especial capacidad de mando. Mejor dicho era, sin lugar a dudas, un marimandón. Para tanto poderío sólo medía metro y medio, calculé a ojo.

Me fui detrás de él bien atenta a los banderines de su país de letras. Seguíamos caminando sobre consonantes mientras nos dirigíamos a la capital.

—Pero ¿dónde vive usted? —le pregunté harta de tanto saltar.

—¿Cuándo?

—Pues... normalmente.

—Depende.

—¿Depende de qué?

—Del tiempo, de mis obligaciones. Tengo cuatro palacios, para que lo sepas, con su despacho oficial y otras dependencias necesarias; me gusta todo bien repartido aunque odio las autonomías. Admito que soy comodón. A, E, I, O son mis respectivos cuarteles generales, pero también mis hogares, a los que me traslado a gusto cumpliendo con las cuatro estaciones del año. Soy colaborador cuando me dejan. En O, por ejemplo, escondo todos los Inviernos que encuentro porque soy muy friolero; por supuesto, consulto los archivos, junto con los crucigramas reales constituyentes...

—¿Qué quiere decir «constituyentes»?

—Son el soporte intelectual y moral de mis leyes orgánicas, lo que le da respaldo en vertical y responsabilidad homónima horizontal..., pero no es para niñas. Ya aprenderás el significado de estas palabrotas cuando seas mayor.

—¿Y qué hay en U? —me atreví a preguntar.

—La cárcel.

—¿La cárcel?

—Pues sí, hija mía. No hay rey sin cárcel. ¡Qué manera tan chapucera de gobernar sería ésa! De momento eres mi huésped, y desde luego no permitiré que te vayas. ¿Te suena la «Estética»?

—La tengo muy presente.

—Pues yo también, en diminutivo. Hace que me sienta guapo y que no dude a la hora de aplicar la ley. Mucho cuidado.

Azeta tenía una cara rayada en todas las direcciones; era como un mapa lleno de posibilidades, pero me costaba asociar aquellas arrugas a la sabiduría que, por tradición, se concede a los mayores.

Mi abuela Marisol, por ejemplo, también tenía la piel labrada, incluso se peinaba igual que él: raya en medio bien limpia y melenita blanca acabada en un solo bucle como un túnel que, empezando en una oreja, corría hasta la otra.

Unas veces saltando, otras arrastrando los pies por el agua, fui conociendo mi propio País de las Maravillas y pude sacarle ¡por fin! la lengua a Alicia.

Me harté de preguntar, de dibujar y de escribir. Al final pedí permiso para retirarme de espaldas según el invertido protocolo. Necesitaba tocar yo sola la armónica frente al mar.

—Te invito a cenar a las nueve en A, que es, como sabes, mi Palacio de Primavera. De momento lo encontrarás entre Equis y Ge, pero no te fíes —dijo echando un vistazo al cielo—, parece que entra el terral. Te gustará, no es porque sea mío, pero mi invernadero es único.

—Lo agradezco de veras, y me consideraré muy honrada —le dije haciendo una ridícula reverencia cortesana.

—Puedes traer a quien quieras, siempre que ande en vertical —dijo guiñándome uno de sus diminutos ojos azules para descartar a Kikí—. Tengo algo importante que consultar contigo. Por cierto, será de etiqueta: traje oscuro para ellos y de noche para ti. Hasta luego Mar y Luna, pero recuerda que el sol nace clarito del lado de mi limonero y se marcha granate por donde están mis frambuesas. Es una deferencia que nos tenemos de Rey a Rey. Mis jardines son un acierto onomatopéyico del que me siento orgulloso.

Todo aquello me parecía absurdo, pero me faltaba experiencia.

—Muy bien pensado —admití.

—Es que el Sol es dinastía Borbón porque es rey francés y... también sube hasta XIV, dado que el Estado ¡soy yooo! —dijo cruzando los dedos—. Como es lógico, este astro educadísimo me ilumina a mí primero...

Siempre acababa diciendo tonterías.

—... Te veo luego, Marisombra.

Me quedé sola. Empezaba a manejar me con los islotes tirando de cables, aflojando nudos. La brújula no me servía para nada, pero yo tenía ya mis puntos de referencia en este archipiélago a la deriva y llegué a Uve sin problemas.

Al caer la tarde desembarqué en A. Iba descalza. Con un resto de pegamento que encontré en mi cesta, me inventé un collar sin hilos enganchándome en el cuello por las buenas un caramelo de menta y otro de fresa, uno de menta y otro de fresa, uno de menta y otro de fresa, uno de menta y otro de fresa: me embadurnaba primero con cola y los pegaba apretando con el dedo hasta que se aguantaban solos. ¡Qué rica estoy!

Me costó renunciar a mis caramelos haciéndolos pasar por bisutería fina, pero el Rey había dicho «de etiqueta», y yo no tenía nada mejor con que adornarme. Luego encontré en la playa bonitas conchas de nácar que enredé en mi pelo. Es una idea que copié de Botticelli: el gran pintor y peluquero renacentista.

Estaba estupenda y casi elegante para una cena improvisada. También adorné con azulinas el lomo de mi Kikí. Aunque no anduviera en vertical, decidí llevarla conmigo.

En el momento de poner el pie en la arena se me acercó una nube de mariposas. Me dejé conducir por ellas porque, a pesar de todo, existía un cierto orden natural en el Inciértico. Eran pequeñas sombras de cortesía en movimiento; su entrecortado volar me traía una combinación de colores tan perfecta como pompas de jabón.

Enseguida me rodearon hasta conducirme al imponente Palacio de Cristal. Al pie de la escalera de malaquita se hicieron a un lado las mariposas para dejarme pasar.

Arriba, vestido de gala y coronado de mimosas, me esperaba el Rey Azeta con los brazos abiertos. La perspectiva lo volvía grande y poderoso. «Todos los reyes tendrían que estar subidos encima de algo», apunté enseguida en mi diario para no olvidarme.

—Buenas noches, Marisol —dijo dándome a besar su mano cargada de anillos—. Espero que no hayas tenido problemas para encontrar el camino. Te mandé a mis Lepidópteros. Es un nombre desagradable, de acuerdo, pero vuelan como nadie.

Y ofreciéndome su brazo, me condujo al interior.

El Palacio de Primavera, con sus cristales y espejos, era una invitación al bosque para que entrara en el salón. Me pareció como un inmenso laberinto con la vegetación más

rica que se pueda imaginar. Yo estoy muy puesta en plantas. No sé cómo se llaman, pero casi todas me llegan al corazón y puedo interpretarlas. El Inciértico era sin duda la materialización mejoradísima de mi libro de Ciencias Naturales. Saqué mi cuaderno y me puse a dibujar.

Azeta me dejó revolver cuanto quise con la benevolencia de un gran propietario. Pero cada puerta se abría a un nuevo jardín encantado, cada ventana a distintos perfumes que yo no conocía. Y así andaba yo entusiasmada, hasta que el Rey me llamó la atención golpeándome cariñosamente con su cetro en la cabeza.

—Vamos a cenar Marisombra, antes de que se enfríe la ensalada de lirios. Luego te enseñaré mi *jardin potager*. Esto es tan maravilloso que he tenido que acuñar una palabra nueva.

—¿Sí? ¿Cuál es?

—Pues... no me acuerdo —dijo pensativo—. Me suena lo de «rosa mística», menudo acierto...

El comedor estaba admirablemente adornado con jazmines trepadores y brillaba como el cielo a la luz de las luciérnagas. Aplaudí con cuidado porque creo que es la fórmula que mejor expresa satisfacción sin palabras. La intensidad de su perfume me hizo cerrar los ojos y abrir la nariz de par en par.

—Preside conmigo, por favor —dijo mi anfitrión indicándome la cabecera de la mesa.

Y me tuve que sentar en un extremo tan lejano que Azeta me pareció de juguete. Sólo me llamaba la atención la referencia dorada de su corona de mimosas.

—He encargado algo ligerito. Yo intento cenar poco, pero tú puedes comer lo que quieras. Estoy preparado para cualquiera de tus caprichos —consiguió gritarme haciendo bocina con sus manos y dando por hecho mi mala educación.

—A mí me gusta esta ensalada de lirios al limón —aseguré forzando la voz mientras me disponía a chupar uno.

—No estoy sordo; puedes elegir como guarnición otras esencias naturales... Tengo que reconocer que en mi Palacio de Primavera es donde ceno mejor.

—Me apuntaré la receta —dije sacando mi cuaderno.

Pero en verdad lo que hice fue ponerme a dibujar al rey con mis lápices de colores. Para distraerme lo retraté boca-bajo, con la cabeza apoyada en el suelo sobre el rodete de mimosas y sus lindas babuchas de oro batiendo el aire: era un puro ejercicio de perspectiva invertida, pero me daba agilidad y soltura en el trazo, lo que es muy importante para el día de mañana. Reconozco que también soy buena dibujando.

Azeta parecía soñoliento, o tan ensimismado en sus pensamientos que resultaba inalcanzable. Tenía medio cerrados sus ojitos redondos como canicas, pero mantenía la boca demasiado apretada en un gesto que ya me resultaba familiar. Yo no sabía si aquella melena blanca de gran bucle era suya o parte del uniforme reglamentario.

Asomó la luna chica detrás del cristal.

—Hay quien ve cuernos de toro en cualquier sitio —dijo sin molestarse en volver la cabeza.

El Rey había dejado caer de cualquier manera los cubiertos sobre el mantel, pero no me atreví a llamar su atención. Le agradecía las muchas molestias que se tomaba por hacerme la vida estupenda. Tal vez mi presencia fuera realmente para él una alegría dentro de aquella soledad tan verde.

Mariposas de organdí, de muy brillante condición, rodeaban a Azeta como una capa temblona de cine mudo; quizá fueran parte de su corte, llegué a pensar.

Probé el delicioso vino de mi copa de oro, bebí agua con acento argentino y, como soy curiosa, empañé mis lirios en todas aquellas salsas de colores chupándome los dedos, renunciando al tenedor.

—Chin chin, Marisombra —dijo de pronto Azeta vol-

viendo a la realidad—. Bienvenida al Inciértico. Ya era hora de que pudiera comentar con alguien sensato algunos de mis problemas.

—¿Tiene usted problemas? —le pregunté sorprendida.

—Me gusta más la tercer persona del singular cuando hablas conmigo, si es que sabes de gramática. Es potocrolo, potocrolo, potocolro, proto...

—Lo intentaré, pero no estoy acostumbrada —dije yo para acabar de una vez—. ¿Tiene «Él» problemas?

—Algunos, como cada cual...

Yo me consideré entonces afortunada porque no encontré ninguno que fuera verdaderamente mío.

—... Lo que tengo que decirte es muy muy personal. Espero que seas discreta.

—Su Maharajá puede contar conmigo. Sé muy bien cerrar la boca cuando conviene.

—Eso es lo peor de lo peor, ni me lo propongas —dijo alzando la voz—. Estar callado es delito en el Inciértico: alguien mudo es por definición mi enemigo. Soy el Rey de la palabra, no lo olvides. Me harás el favor de hablar todo el rato mientras estés en mi presencia. Es una orden.

Ese planteamiento me pareció insoportable y abusivo, pero no quise contrariarle.

—El cielo está enladrillado —dije tímidamente mientras buscaba algo más profundo.

—¡Muy bien, excelente! ¿Quién lo desenladrillará?

—Es lo que me pregunto yo cada día —añadí más tranquila.

—Decididamente el cielo es algo a tener muy en cuenta. Mira hacia arriba, ¿qué ves?

—El cielo... enladrillado —contesté empezando a dudar.

—Yo también —pronunció en un suspiro.

Y de pronto, sin venir a cuento, arrancó a llorar con tal fuerza que se me partía el corazón.

—Pero ¿qué le pasa a «Él»? ¿Qué tiene? Recuerde que todo, todo, está pendiente del buen desenladrillador...

—dije sin saber lo que escondían sus lágrimas.

Pero cada vez crecía más su desespero y mi angustia.

—Estoy preocupado porque tengo un enemigo, lo presiento. No sé dónde se esconde, pero me acecha y sabe esperar; estoy con los nervios destrozados. Pronto vendrá a por mí. Hay presagios de que la invasión está cerca.

—Responderemos —dije yo empleando por primera vez el plural—. Ayudaré a mi Soberano si me dice cómo puedo hacerlo.

—No estoy seguro, pero me encuentro tan tan solo...

—¿Con qué cuenta para defenderse? Todo poder toma sus precauciones.

—Empiezo por no saber quién quiere atacarme. No sé quién se pretende más poderoso que yo, aunque parezca imposible —añadió en un suspiro—. Queda mucho por investigar en este mundo desgraciadamente redondo y achatado por los polos...

—¿Eso es malo? —pregunté confundida.

—Más sencillo sería todo si fuera cuadrado. Empezaría yo por una esquina y sabría mejor por dónde voy en mi estrategia... Uno no es nadie sin puntos de referencia.

—Es cierto —dije para tranquilizarlo.

—¿Ah, sí? ¿Ahora te enteras?

—La bóveda celeste, por poner un ejemplo, aunque es bellísima...

—No me hables de bóvedas celestes —me interrumpió tajante— ni de nada que venga del cielo. ¿Acaso soy yo un Rey redondo? ¿Es que gobierno en espiral? ¿Giro hacia la izquierda como cualquier traidor, hacia la derecha como el primer reloj de campanario...?

Tuve que pararme los pies porque la furia me lo volvía colorado.

—No me vengas con tonterías. Siéntate —exigió—, te enseñaré a jugar al mus.

Y sacó del cajón un paquete de naipes mezclados.

—¿La baraja tiene que ser española o francesa?

—¡Mira qué bien!..., ahora somos nacionalistas. A lo mejor te gustan más anglosajonas. Pero no. Soy presidente honorífico del Domund-Domund-DoMun- Mun domun- Mundo-mundodomundo..., y para mí no existen fronteras. Aquí estoy en familia —dijo mientras extendía delante de él un montón de cartas en abanico—: tío Carlos, tía Catalina, tío Felipe, el Primo Luis... Somos de una estirpe que se pierde en el tiempo —opinó ya sonriente—... Copas y dineros, sables de acero propios de casa reinante. Pero lo del garrote me parece francamente ordinario: es un lenguaje troglodita para intimidar. Con una espada es más que suficiente. A mí dame Oros y Damas, Damas de Oros dame, forradas de Copas defendidas a Espada de los Bastos bandoleros de Sierra Morena. ¿Lo has cazado...? —preguntaba satisfecho de su fino humor.

Y seguía argumentando en voz alta para sí mismo:

—... Dobles parejas, el trotecillo ligero de angloárabe. Ven aquí, Mar y Luna, das tú: cinco para ti y cinco para mí. ¿Te gustan los comodines o monos o jokers? A mí me sobran los cascabeles del gorro; todos tienen cara de precep-

tor con prótesis dental, pero da lo mismo. De cintura para abajo no valen nada, no sirven para hacer escaleras. Bueno, querida infantona, ¿qué te apuestas? Puedes dejar en prenda cualquier cosa que no sea tu *Pralinééé, ma mignone*. Son príncipes herederos, sin duda buenos jinetes con ganadería propia... Te recomiendo que te ligués a un para o tres. El de bastos no se casará nunca: ya nació soltero. Pero yo tengo un póker de primos... —dijo relamiéndose mientras extendía sus cuatro Kas.

—Y las reinas, ¿qué?

—Son peligrosas, sólo buscan suplencias, no soportan su condición de siamesas invertidas: coz va, coz viene, y encima como especie son vivíparas. Cuando me salen de dos en dos, me echo a temblar. Mucha toca almidonada, mucho recato, pero la procesión va por dentro: nunca tienen bastante. Son sepulcros blanqueados, hipócritas y lascivas. Son. Onces, con eso está dicho todo...

Lo dejé hablando solo; ni siquiera se dio cuenta de que volvía a mi isla.

Antes de acostarme me metí en el mar hasta que el agua se quedó con mis caramelos. De otra forma, no hubiera podido deshacerme de ellos sin despellejarme: desaparecieron poco a poco en las aguas del Inciértico goloso.

LA NOCHE SIGUIENTE AZETA ME INVITÓ a una cena «informal», gracias a Dios, «sin etiqueta», en su Palacio de verano. Llegué puntual, pero esta vez el Rey no salió a recibirme. Lo encontré escribiendo afanosamente en su mesa de despacho y apenas levantó la vista cuando me acerqué a saludarlo. Llevaba en la cabeza la corona de laurel de los invictos generales romanos y una fresca túnica drapada que le permitía un brazo libre con forma de jamoncete.

Yo, por mi parte, iba envuelta en buganvillas que fueron muy del agrado de Azeta. Tuve la idea feliz de hacerme con una hermosa estrella de mar para recogerme el pelo a la

manera de un casquete de película americana. Era un poco forzado, no lo niego, pero tenía su encanto.

Por culpa de los grillos, la noche serena recordaba un inmenso juguete de cuerda oxidado: cri cri cri.

—Estás muy guapa, *Magisombga*. Enseguida estoy contigo.

Con gran primor, el rey mojaba una pluma de avestruz en el tintero. Inmediatamente se formaba un hermoso borrón en el pergamino que el rey traducía para mí.

—Yo digo que el *amog* es una *glogia* y un cuchillo afilado. Siéntate, *por favog*. Estoy acabando de *esclibig* este *gecado* *paga* el *plimeg ministlo*.

—Ya veo que Erre hace tonterías, se le habrá soltado un nudo gordiano... —dije yo haciéndome cargo de la situación.

—Ya *volvegá*, es *pasajego pogque* la *blisa* sopla de *fgente*.

El verano se había apoderado de mí, igual que la música, como el agua que moja todo lo que toca. Me preocupé de Kikí que iba en zigzag por la arena disfrutando como ella sola. Le puse una cintilla fluorescente alrededor de su lamentable talle para no perderla en la oscuridad y la dejé ir.

El documento de Azeta se alargaba demasiado para mi gusto. Eran borrones de olor ácido que cogían distintas formas, pero yo tenía ganas de hablar con alguien.

Tosí un poco para llamar su atención, luego tosí mucho hasta atragantarme. Pero Azeta no me escuchaba porque seguía ensimismado con el significado profundo de sus manchas de tinta.

—¿Es una carta de amor o una enmienda al código penal? —acabé por preguntarle con retintín desde el otro lado de la mesa, aun a sabiendas de que estaba mal hecho.

—Sal un momento al *jagdín* —me contestó sin advertir mi tono impertinente—. Ocúpate de las *floges paga* el *centlo* de mesa; no he tenido tiempo de *oganizag* nada.

Me pareció una idea estupenda. Fui directa a un manzano reventado de flores. Su olor despampanante hizo dudar a Kikí que venía detrás de mí, pero yo me subí a una rama y corté maravillas.

—¿Te suena el Árbol del bien y del mal? Una simple manzana dio la vuelta a todo el sistema —dijo de pronto la voz atiplada del Rey a mis espaldas, y sin errores de dicción.

—La fruta es muy peligrosa —me adelanté yo como si nada, pasándome a su terreno—. Otra manzana atragantó a Blancanieves...

—No te pases de lista. Ya sabemos que una tercera se la merendaba Guillermo Tell después del..., ejem.

—Del tiro al arco —concreté desde arriba perfumándome de lo lindo.

—Nada de violencias ni alusiones a armas de guerra por esta noche, te lo ruego. No se menciona la cuerda en casa del ahorcado.

Baja ahora mismo. Era un refrán encima de otro o una parrafada de cosas dichas por cualquiera, pero que Azeta manejaba como le daba la gana. En cierto modo se sentía propietario.

—¿Ya ha acabado mi Sultán su trabajo? —dije cambiando de tema.

—Precisamente ya está todo en orden. Erre ha vuelto al redil y puedo asegurarte que, gracias a la tramontana, el perro de san Roque no tiene rabo. Cuando quieras, pasaremos al comedor.

No me costó nada disponer mis primorosas flores en el suelo a la manera del mejor repostero, porque lo que me proponía Aceta era un *Déjeuner sur l'herbe* al aire libre. Así me lo apunté en el diario para contárselo en su momento a Mlle. Favé.

Desde luego no estábamos en un comedor como pretendía el Rey, mucho menos en un palacio: se trataba de un enorme campo de gules sin paredes ni techos, sin apestosos leones rampantes, según tuvo la bondad de explicarme Su Majestad.

Conseguí una maravillosa alfombra perfumada en tonos suaves y de tacto desigual, pero perfectamente cálida para tumbarme encima a la espera de estrellas fugaces: se me atropellaban los deseos.

Azeta parecía de buen humor; su creación literaria a base de tinta china le llevaba al narcisismo.

—Algunas noches de verano no puedo evitar ponerme sentimental pese a mi condición. ¡Es tan extraordinario participar en según qué cosas...! Tú no lo entiendes...

Yo le escuchaba preguntándome hasta dónde coincidíamos los dos.

—... Noto un cosquilleo por la punta de los dedos que se me sube a la cabeza como cualquier vino espumoso; incluso digo tonterías. Yo también sé mirar hacia dentro, pero es un asco: me he llegado a encontrar hasta una duda.

—¿Y entonces qué puede hacer?

—Entonces escupo hasta expulsarla. ¿De qué me serviría precisamente a mí? Yo hablo por hablar, duermo por dormir, como por comer. Todo esto me acerca a la Sabiduría de la manera más tonta, no creas. El mundo es tan especial...

—Sobre todo el Suyo, hecho de dos cortísimas cuerdas vocales y las más aburridas normas flotantes de gramática. A

Su Majestad le importa un bledo que las cosas sean verdad o mentira, que se aguanten o no.

—Que se caigan pues. Todo es relativo. Pensar no me parece necesario, ¿estás de acuerdo?

¿Cómo podía yo estar de acuerdo? Pero a pesar de todo incliné la cabeza para no contrariarle.

—... El día, por poner un ejemplo, aparece por mi derecha y se marcha por allá sin que nadie lo piense, o precisamente por eso...

—Y si Él no piensa, ¿cree que será pensado por otros? —dije en tono airado para mortificarle.

La reacción fue espantosa, pegó un grito horrible antes de atragantarse.

—Quieran o no tendrán que contar conmigo, Marisombra —consiguió balbucear mientras golpeaba frenéticamente su plato y daba patadas al suelo.

Entonces saqué mi armónica y me puse a tocar hasta que su respiración se hizo regular y volvieron a sonreír sus dientecillos de ratón Perez. Se callaron desconcertados incluso los grillos, porque mi música puede llegar a confundirse con la dulce melodía de la rotación de los astros y es deliciosa.

—Pásame tu plato. Hoy quiero ofrecerte una crema fría

a base de flores de *lys*; es una receta mía que gusta a todos. Ya me sabrá decir.

Y sobreponiéndose a su dolor, el rey llenó mi plato con algo maravillosamente suave mientras charlábamos de nuestras cosas.

—Se me llega a poner la piel de gallo cuando contemplo una buena noche. Por encima de un determinado placer de los sentidos, ya empiezan mis problemas. Entonces no tengo más remedio que escribir un poema sinfónico a mi amada, y otro, y otro, porque me siento el corazón brincar. Y lo miro todo con tantas ganas que hasta me escuecen los ojos, ¡pobre de mí que puedo ser tan tan feliz! Cuando me abandones, lo que terminará por ocurrir tarde o temprano, compondré para ti un buen romance en endecasílabos. Tal vez un verso acataléctico, que es aquel que tiene cabales todos sus pies y es tan lógico como a ti te gustaría. En fin, algo haré porque te he tomado verdadero cariño. Tal vez te merezcas un elegante alejandrino de los que nunca se acaban; intento evitarlos porque me ahogan. Lo recitaré para ti en las noches de LUNA HIENA.

—Tendré que estar alerta.

—Ya te enterarás. Los trovadores son piezas insustituibles en cualquier lugar donde haya amor, ventanas y cítaras. Yo

tocaba la mandolina en mi juventud con mucho sentimiento, pero tuve que dejarlo porque mis lágrimas hinchaban la madera. Los reyes tenemos prohibido por ley enamorarnos; los trastornos pueden llegar a ser finitos o infinitos. Me han hablado de un monarca inglés, de tal forma amador, que llegó a desaparecer entre las nubes abrazado a una mujer. Y mientras el pueblo lo reclamaba a gritos desde abajo agitando su corona, él respondía con un gesto obsceno y sin soltar el talle de aquella novia flotadora.

—¿Qué es un gesto «obsceno»?

—La abreviatura de «no pienso bajar, ahí os quedáis» me parece... Hasta tal punto el amor chupa hacia arriba colocándote en otro plano. No me lo explico...

—Un rey enamorado es un rey perdido, por lo que veo.

—Viene a ser así. Son reyes de nitrógeno basculantes, con una llama en su interior siempre dispuestos a tirar para arriba; además, se pasan el día riendo les digas lo que les digas, porque ni te escuchan. Poco después, como si fuera una plaga, el país del rey enamorado se va tiñendo de rosa. Y ese empalagoso color acaba por envolverlo todo: jardines, palacios, cosechas, bosques y cielos. Hasta las damas de compañía y los grandes señores se vuelven así. Naturalmente no siempre se está de acuerdo pero, cromáticamente hablando,

el rey que ama no hace jamás concesiones porque vive tan a gusto en su mundo color de rosa.

—Es el colmo del aburrimiento.

—Desde luego, por eso yo me abstengo de semejante estado. Solamente una vez... —dijo entornando los ojos.

—¿Y quién era ella? —le interrumpí muerta de curiosidad.

—Ella era la más divina sombra jamás proyectada, pero siempre se me escapaba en el momento de hacerla mía. No puedes entenderme...

—¿De carne y hueso?

—Nunca la mordí: soy un caballero y ella una dama. Pero dejemos este tema. Dime, ¿has reflexionado? ¿Quién te parece que puede querer atacarme? ¿A quién he hecho yo daño, eh? Sólo hablo y hablo porque está en mi naturaleza, ¿eso está mal?

—Eso está muy bien —dije yo para que no se me echara a llorar como la noche anterior—. Lo más lógico es sospechar de alguien que linde con Él. Las fronteras son conflictivas siempre.

—¿Qué quieres decir con «Él»?

—Con la tercera persona de Ti, para que me entienda el Rey Azeta.

—Bueno, he decidido apearte un poco el tratamiento, querida Marisol, para facilitar las cosas; no soy tiquismiquis. Y ahora te contesto: en el fondo no linda nadie y todos lindan conmigo alguna vez. Tan pronto me verás en Filipinas como tomando el sol en Mozambique. Ya sabes que el Inciértico es un océano a la deriva. Puedo chocar con unos y con otros aunque yo tenga mis preferencias. Dependo del viento, de las mareas, de las corrientes marinas...

—Entonces ¿no cree «Él» que puedan querer atacarle sus vecinos?

—No porque sería yo entonces un enemigo universal, y desde luego no es el caso.

NO ES EL CASO, NO ES EL CASO, NO ES EL CASO, se escuchó por el bosque como un eco orquestado a cien voces.

—¿Quién hay ahí?, ¿no estamos solos? —pregunté sorprendida.

—La corte de papagayos, ¡quién va a ser! Ellos son mis representantes legales, mis embajadores acreditados. Pictóricamente hablando son invencibles. Pero tú no entiendes de política. Son ellos los que transmitirán mi testamento sonoro si es que me da por callarme algún día. Lo prefiero así que grabado en piedra, francamente. En verano están

siempre conmigo y opinan igual que yo. Como les gusta el calor, aquí se vuelven activos y danzarines a su manera: el que vuela tiene la gran ventaja de elegir plano; yo he aprendido que una buena perspectiva caballera de la vida te hace sentir superior siempre que estés tú arriba y los demás abajo, claro. Cuando me aburren, porque a veces llegan a ser agobiantes, me marcho a I.

—¿Quién vive en I?

—Mis ruisseñores, entre otros muchos. Su forma de hacer es única, pero yo no los aguanto. No vocalizan bien aunque su timbre de voz me parezca agradable. ¡Hay tantas cosas por decir que no acabo nunca! Y me he propuesto combinar todas las palabras que existen y que existirán en el futuro. Son billones de trillones de leones de millones de millones de billones. Pero es mi obligación: estoy aquí por algo, y llegaré hasta el final. Después podré flotar para siempre con la sensación del deber cumplido.

—Decididamente ronco..., claro.

—... Bueno, ahora cenemos. Quiero hacer llegar a tu estómago lo que sé que entra por la vista. Mi comida es la más bonita jamás guisada y alimenta sin engordar.

Nos quedamos charlando hasta las tantas. Lo siento mami, pero aquí no madrugo.

Azeta se mostraba de verdad preocupado y decidido a gobernar con dignidad. Pero ¿a quién? Por otro lado, parecía difícil apoderarse de tan escurridizo territorio aunque no dejaran de ser unas interesantes colonias de ultramar para países iletrados y en desarrollo alfabético, según me explicó.

El día se abría en abanico con gran misterio sobre el horizonte. Yo observaba tan a gusto desde mis tibias sábanas de arena.

Las nubes más bonitas, y sé de lo que hablo, sentían predilección por el Inciértico; las más brillantes sobras de ángel llegaban volando hasta mí como juguetes prohibidos para tentarme. ¡Dios Santo, es absurdo dejarlas pasar...! No se puede decir de nadie que haya conseguido una: el cielo se mira y no se toca, por lo menos de momento, nos han dicho. Y al no ser propiedad privada, pasean su hermosura en solitario dejando indiferentes a casi todos. No nos las merecemos. Es verdad. No nos las merecemos.

Desde la perspectiva de Uve la vista era, desde luego, fenomenal como me había anunciado Azeta.

Las islas amarradas con cables flotaban en un «vaivén de milonga», que es el baile preferido de mi madre desde que es-

tuvo en Sudamérica. Todo participa de cierto ritmo cósmico, cha, cha, cha, según el Sr. Niuton, pero aquí mucho más.

—Buenos días, *ma mignonne*.

Kikí asomaba ya suspirando por su tomate. Es una tortuga ordenada y de buenas costumbres, mudita por suerte, porque entre palabras huecas y sonidos de selva, aquí acabaré sorda. Ella, en esto del silencio, se parece a un pescado.

Me puse a trabajar con ilusión mi colección de pasteles de barro. No eran exactamente comiditas sino esculturas urbanas perecedoras, arquitecturas de broma para grillos.

Me divierte trabajar con las manos; empiezo jugando, pero acabo identificándome con la tierra a la que he de volver, tarde o temprano, según profetiza la muy optimista Mlle. Favééé. ¿Sabré encontrar el Inciértico? Mi castillo de arena es como un efímero sarcófago coronado de flores..., ni me asusta.

Dejé la playa preciosa. Todo era nuevo para mí. Yo quería seleccionar los más interesantes puntos de referencia para llevar conmigo, dibujar cada rincón de aquel hermoso disparate con forma de archipiélago. Todo ser vivo tiene que aventurarse si quiere conocer mejor su pecera.

Entre unas cosas y otras, el día se me pasó en un suspiro. Me di un buen atracón de mariscos, jugué a la petanca

con las mejores perlas que luego respetuosamente devolví al mar, te lo prometo abuela, antes de la cena.

El Palacio de Otoño estaba sabiamente construido en medio de un bosque; era casi tan espacioso como el de Primavera pero más sombrío. Azeta había aprovechado la naturaleza cuando espontáneamente le servía como pared. Luego lo combinó con otros materiales necesarios pero siempre de buen gusto: tenía imaginación.

Atravesé yo sola el inmenso portal de madera y empecé a caminar en busca del Rey. Me guiaba un ruido de agua cada vez más fuerte. De pronto una nube de vapor se cruzó conmigo dejándome a oscuras.

Seguí avanzando con los brazos extendidos y un cosquilleo húmedo en la piel, hasta que la bruma se disipó y pude ver las verdaderas dimensiones de la enorme habitación donde me encontraba. «Sala Capitular Capitulera», leí en algún sitio.

Las paredes altísimas del salón estaban cubiertas de un musgo afelpado. No hay tapicería más elegante para un comedor; ni más práctica. Tomando como canales los múltiples brazos de una gigantesca araña de cristal, caía una espumosa cascada que rebotaba en el suelo y se marchaba como río hacia el salón vecino. Me gustó tanto que me puse a dibujar.

Al fondo vi una pequeña mesa redonda con mantel de encaje y tres cubiertos: «Yo», «Marisol», «Marisombra», había escrito a mano sobre una bonita hoja de acanto.

En un rincón andaba el Rey regando una silla de madera ya brotada en algunos puntos. Tal vez fuera una planta caprichosa de las muchas de la isla, pero conté cuatro patas. Su Majestad parecía hablar con un interlocutor mudo y transparente:

—Hormiguita cartesiana, ¿a dónde vas tú tan bonita?

—A la acera verdadera —contestaba él mismo afinando la voz.

—Ejem..., luego procedes de la falsa..., pin pon fuera...

Entonces me vio:

—¡Ah!, ya estás aquí, Marisol. Qué discreta me vienes hoy..., qué austera..., qué hacendosa...

Como adorno me había decidido por un modesto collar de barro de mi invención al que di la forma de mi cuello; mientras estaba tierno, incrusté cuatro almejas de canto.

—Es de polvo antes de volver al polvo, no lo mojes —me dijo cuando me vio, interpretando oscuramente mis reflexiones—. Voy a darte algo de beber mientras esperamos a Marisombra. No tardará. Suele ser bastante puntual.

—Me temo que ya ha llegado...

—¿Te crees que estoy ciego? —sonrió condescendiente—. Todo el mundo lleva en su interior el Sol y la Luna, un Ángel y un Demonio, un Perro y un Gato. Pero a ti ni te suena el galimatías de los opuestos ¿verdad, guapa? Quiere esto decir que yo soy Rey precisamente porque tú eres súbdita.

—Y viceversa.

—Es verdad, aquí vamos a medias. Pero soy yo el que doy de comer a todos. Bien, entonces sentémonos los tres en la mesa.

Así lo hicimos Él y yo. Como no vi nada peligroso, permití que Kikí correteara a su aire.

—Recógeme a la Pralinééé, por favor. No quiero más disgustos por hoy.

—No hay águilas aquí —dije yo mirando hacia arriba—, ni tampoco poetas en la costa.

En este Palacio, además de ruiseñores, vivían a gusto infinidad de urracas blanquinegras; se desplazaban con un majestuoso volar y decían más o menos «pío» con acento propio. Cada vez que esto sucedía, Azeta se tapaba los oídos con el dedo como si esa palabreja fuera sencillamente insoportable. De vez en cuando un caracol abandonaba los lirios violáceos del centro de mesa y se daba un paseo a cámara lenta por el blanco mantel. El Rey lo observaba per-

plejo; a veces seguía con el dedo aquellas formas impecables en espiral.

—Mira esto, Marisol. ¿Tú sabrías dibujar algo así?... No lo puedo entender. La habrán conseguido aplicando como mínimo un cálculo astral.

Entonces yo saqué mi cuaderno y mi pequeño compás; con mucho cuidado empecé a trazar círculos superpuestos, un poco desplazados y cada vez más chicos, porque un caracol es, por nacimiento, como una lección de geometría. El Sr. Niuton hubiera sido un invitado ideal en esta ocasión.

—... Debiera desterrarlos. Me parecen peligrosos... —decía el Rey decidido a apartar de su lado a seres tan inocentes.

—Yo no veo ningún peligro —confesé, un poco harta de tanta amenaza—. Saben estar, sin ayuda de nadie, dentro y fuera de sí mismos: me parece envidiable. Su Majestad ve riesgo por todos lados. ¡Qué lata!

—No eres profesional, Marisombra. Por mi condición tengo premoniciones y avisos. Además son unos inmorales hermafroditos, pero tú no te enteras.

—No me concierne la vida privada de los demás, y menos si va tan despacio como ésta.

—Cállate, escucha. ¿No oyes pío, pío, pío?

—No hablo el lenguaje de los pájaros.

—Yo tampoco, pero «pío» es nuestro. Está en mi abecedario bajo mi protección, y ellos se comportan como si tuvieran el usufructo. No es correcto.

Como siempre después de cenar, se lió él mismo un cigarro y empezó a fumar con un ligero carraspeo. Yo no me atreví a sugerirle que me ofreciera uno, pero observé que el humo le adormecía o por lo menos le volvía momentáneamente silencioso y reflexivo, lo que en él parecía imposible.

—Bueno, ahora hablemos de ti, niña querida —dijo haciendo airoosas anillas de humo—. ¿También tú tienes enemigos?

—No, no me gustaría; quiero ser educada con todo el mundo.

—Explícame dónde vives. ¿Te apoyas en tierra firme o flotas como yo?

—Vivo en una península con forma de piel de toro, pero tengo la suerte de ver el mar.

—Bastante extravagante me parece un país con forma de bota, pero de toro... ya es el colmo. ¿Embiste?

—He dicho con la forma de su piel, no con su actitud —dije dándole una lección.

—No me lo imagino. Se me ocurren cosas mejores para copiar.

Me propuse no contarle gran cosa sobre mi persona porque él era en cierto modo un apátrida abandonado a la deriva y dependiente de la brisa marina para poder expresarse. No era de extrañar que ese ser tan vulnerable llorase por todo. El Rey únicamente parecía dominar las cosas que se hacen con palabras de letra, y muy poco lo demás. Y lo peor, lo insoportable: ¿quién amaba a Azeta de verdad? ¿quién premiaba sus aciertos o sufría con sus errores?

—¿Realmente nunca me has estudiado! —insistía mientras se afanaba con su regadera repasando el musgo—. ¿No se interesan por mí en los colegios?

—Aunque parezca mentira, creo que no. Yo contaré al Sr. Niuton todo esto cuando vuelva: seguro que me escuchará. Siempre sabe lo que hay que hacer.

—¿Quién es el Sr. Niuton?

—Es mi... novio —dije para evitar las fatídicas palabras «profesor de matemáticas» que tanto le molestaban—. El Inciértico no aparece en mis libros de Geografía ni de Historia, estoy segura. Pero juro que algún día será un clásico de la Literatura.

—De momento, metedme por lo menos en Gramática...

—Se puede intentar —acepté pensando en el abecedario—. Pero que no me haga Su Majestad mucho caso: lo mío son las Matemáticas —se me escapó, esta vez sin darme cuenta.

—¡Qué perversión tan extendida! —dijo enfadado—. Yo las considero horribles, maliciosas, desagradables e innecesarias; también vanidosas, irrelevante, falsas y aplicadas, pedantes, temperamentales, equívocas, traicioneras, absurdas, frívolas, obtusas y desordenadas. Además, se vuelven cuánticas cuando les da por reproducirse. Son muy muy peligrosas.

—Desordenadas por lo menos no, seguro que no. Pero veo que no le gustan —corté yo.

—No soy un degenerado.

Y de nuevo se echó a llorar como ya venía siendo costumbre en los últimos tiempos.

—Perdóneme; no volveré a hablar de ellas. Se lo prometo. El cielo está incirimiflautificado.

E inmediatamente me dedicó un tímida sonrisa. Enjugándose sus abundantes lágrimas con el puño, me dijo:

—No me hagas caso Marisombra querida. Es que tengo mucho mucho miedo porque la palabra, ya se sabe, es terriblemente frágil.

—Y se la lleva el viento...

—Pero la devuelve cuando cambia su dirección. Yo tengo muchísimas. Ahora vete a descansar, Marisol; mañana celebraremos mi verde cumpleaños con los últimos retales de marzo. Por si deseas complacerme, te advierto que no quiero camellos ni otros adornos en mi pastel. No pintan nada y yo odio la exhibición. Más tarde estudiaremos un plan para defendernos y tú me ayudarás. Se acercan tiempos difíciles para todos.

Y dicho esto, cogió una tijera de oro y me propuso ir a cortar unos cuantos lirios al campo. Insistió en que era lo más apropiado para combinar con la retama de Uve. Yo también lo creo, y así se lo dije.

—Son los de Salomón —me confesó un poco verde de envidia—, ya sabes que fueron los elegidos para realce de su gloria magnífica: no dudó en bordar con ellos su uniforme de gran gala... Los míos también son insuperables, pero me dan calor. *Voilà*.

Me fui preocupada. Con Azeta no sabes nunca dónde estás de verdad ni de mentira.

Antes de acostarme me acerqué al lago y empecé a nadar: «todo cuerpo sumergido en un fluido experimenta un impulso hacia arriba igual al peso del volumen de fluido que

desaloja», Arquímedes *dixit*. Y parecía ser cierto también aquí. Tal vez no estuviera tan tan lejos de todo.

Me dejé flotar consultando con las estrellas quién podría ser el enemigo mortal de la palabra, o su oculto adorador. Y empecé a sospechar algo.